

Prólogo de Ramón Carnicer para «Una ventana a la carretera» de A. Pereira, Premio Leopoldo Alas

Son muchos los escritores que han empezado haciendo poesía. Después, acaso para eludir el riguroso tanteo de palabras y sonidos, para zafarse del obsesivo esfuerzo con que ha de ordenarse la media docena de palabras de un verso y la media docena de versos de una estrofa, emigran al más ancho campo de la literatura narrativa, donde las palabras no están sujetas a tan estrecha correlación ni han de cumplir funciones tan exactas y concretas. Tras esta primera aventura, hay poetas que persisten en el quehacer original. Reservan para él aquello que únicamente puede formularse dentro de la esquemática condensación de ideas y sentimientos que es la poesía. Y para aquello en que ideas y sentimientos han de pormenorizarse, acuden a la forma narrativa. Otros poetas, en cambio, y acaso la mayoría, al iniciarse su madurez vital abandonan definitivamente el verso.

¿En qué relación ha de ponerse «Una ventana a la carretera», primer libro en prosa de Antonio Pereira, con su obra anterior de poeta? Aparece este libro a continuación de «Del monte y los caminos», en que el autor evidencia, sin fallos, una maestría formal y un dominio conceptual y expresivo de singular altura. Entre estos dos libros no hay ninguna semejanza. Con el que ahora tenemos en las manos, no ha buscado el autor una forma más suelta y amplia para la formulación de un mismo contenido. «Del monte y los caminos» es obra grave y humana, y desde la pequeñez del mundo que en ella incluye, aspira el poeta, y lo logra, a un conjunto de profundas significaciones. «Una ventana a la carretera» incide a veces en aquel mismo mundo, pero sin que en ocasiones dejen de formularse -más allá de la anécdota- conclusiones de validez universal, el autor centra su esfuerzo en el humor y la ironía. Humor e ironía forman la vertiente que con la otra, grave y meditabunda de lo poético, completa la realidad del humano vivir. Pereira responde con su libro en prosa a su ascendencia galaica, y con su obra en verso obedece a la gravedad significativa de las tierras leonesas en que vive. La parte del Bierzo donde nació, Villafranca, es tierra gallega por su geografía y por sus vestigios idiomáticos, pero su voluntad y su espíritu son decididamente leoneses. Prosa y poesía en Pereira son reflejo de aquella doble naturaleza. Su aparición como prosista no supondrá, podemos estar seguros, su deserción de la poesía.

Los prologuistas, sobre todo si son largos de palabra, no sirven, en el mejor de los casos, más que para demorar los propósitos del lector: leer el libro. Vienen a ser algo así como los aduaneros y policías que registran maletas y sellan pasaportes en las

fronteras, a quienes puede seguir un agente turístico empeñado en revelarnos con sus folletos lo que es el país que vamos a visitar. Tiempo perdido, porque lo que deseamos es trasponer cuanto antes oficinas y barreras y enfrentarnos con el mundo que estamos dispuestos a interpretar por nosotros mismos. Yo quisiera concluir mis licencias de prologuista con cuatro palabras sobre el lenguaje de Pereira. No para descubrirselo al lector, que en seguida lo verá por sí solo, sino para señalar que se repite en él un hecho general en la literatura española de hace un siglo a esta parte. Me refiero a la matización y flexibilidad, al gusto por la palabra descubierta y largamente meditada, peculiares de los escritores que procediendo de una zona dialectal o de una zona lingüística diversa pero decadente, escriben con instinto agudísimo y con extraordinario afán de perfecciones en la lengua por la cual han optado, en este caso la de Castilla. Por no hacer agravio a la naturalidad de Pereira y porque están en la conciencia de todos, no estampo aquí unos nombres periféricos muy ilustres que en todo lo que va de siglo han llenado y siguen llenando la literatura en lengua castellana.

Ramón Carnicer